Buen ánimo, y espera á que te den órdenes. Ya verás al reverendo Corchón; él v D. Buenaventura son los que en Madrid tienen hoy la clave del asunto. Yo creo que me iré otra vez á Ocaña ó al mismo Toledo, porque has de saber que el provincial es también de la partida, y cuando vo creia que me iba à ser impuesta alguna pena por el descuidillo de las cartas, me encuentro con que me agasajan y consideran más de lo que merece este pobre fraile sin influencia ni poder.

- Y dónde veré à ese señor Corchón? Porque me interesa mucho hablar con él.

- Oh! Don Buenaventura te presentará. Verás qué hombre, qué talento, qué vasta instrucción!... ¿Sabes que me parece que es hora de que te retires? — añadió bajando la voz y atendiendo al ruido de pasos que se oia por el claustro, junto à la puerta de la celda. - Porque aunque aquí me consideran, no quiero infundir sospechas.

- Adiós, v nos veremos antes de que usted vava á

-Si, y me quedo rogando por ti, Martincillo, por el impio, por el ateo, por el francmasón, por este diablillo atrevido y procaz á quien la Providencia, á pesar de todo, reserva un porvenir de gloria. Adiós.

Le abrazó, y el joyen dejó á su amigo enfrascado en grandes dudas sobre el grado de revolución que en aquellos tiempos podía emplearse sin peligro. Su perplejidad no concluyó en todo el dia, y paseandose por el claustro, rezando en el coro y sentado en la huerta, no cesaba de repetir: «Es mucho hombre para tan poca cosa».

CAPÍTULO XVII

El barbero de Madrid.

Cuando el doctor Albarado recibió de manos de don Lino Paniagua la carta que le enviaba Martín, se quedó helado de espanto, y en un buen rato no articuló palabra alguna.

- Esto es horroroso, D. Lino; por Dios, ¿quien le ha dado á usted este papel?

- Me lo ha dado... - contestó balbuciente el pobre abate. - ¡Pero no trae firma?

- Si, aqui viene la firma de ese bandido. ¡Pero donde le ha visto usted? ¡Qué negro delito, qué atrevimiento! Atreverse... Estamos en Sierra Morena.

- Bien me lo figuraba yo - decia para si Paniagua. -¡Cómo había el doctor de consentir en que Susanita se casara con D. Martini Ese hombre debe de estar loco.

- Pero usted no sabe lo que dice esta carta?... - gritó furioso Albarado.

- Si... ya lo supongo.

- ¡Lo supone usted, lo sabe! Luego usted no puede menos de ser cómplice en esta villanía.

- ¡Yo, doctor de mi alma... yo cómplice!... ¿De quê?

- ¿Ha visto usted alguna acción semejante?

- A la verdad, querido señor doctor, atrevidilla es la pretensión de ese hombre, pero su juventud y su falta de mundo le disculpan.

- ¿Cómo disculpa? ¿Usted está loco?... - dijo el inquisidor, más furioso mientras más procuraba calmarle don Lino, equivocado de medio á medio respecto al contenido de la carta.

- Diré à usted... señor doctor - contestó aturdido el abate. - Pero cálmese usted, no se irrite. La cosa no merece la pena. Considere usted...

- ¡Cómo que considere! Hombre de Dios, parece que está usted en Babia. Lea, lea y comprenda que está siendo emisario de una partida de bandoleros.

El abate fijó sus ojos con ansiosa curiosidad en la carta,

y se quedó al leerla pálido como un difunto.

Aquel terrible documento, como saben nuestros lectores, no contenía otra cosa que la intimación del secuestro y el propósito, franca y rudamente manifestado, de no devolver á su familia á la desgraciada joven mientras Leonardo no fuera puesto en libertad.

Don Lino tuvo que hacer un gran esfuerzo de espiritu para no desmayarse. Miraba al doctor con azorados ojos, leia dos ó tres veces el malhadado papel y creía ser victima de una estratagema diabólica.

- ¿Dónde, dónde le han dado á usted esa carta?

- Señor... señor... yo no sé qué pensar - dijo el pobre abate temblando de miedo. -¡Cómo había yo de creer... yo que pensaba!... pues diré à usted; ha estado en mi casa él, el en persona... hace un momento.

- ¿Donde vive ese hombre, donde? Al instante hay que empezar à hacer averiguaciones. ¡Que infame delito! Vamos al instante à casa de mi hermana. Si no acierto à explicarme este desastre... ¡Oh, infeliz Susana! Yo revolvere la tierra para sacarte del poder de esos foragidos... No hay que perder tiempo... Vamos, muévase usted.

Esto decia el buen consejero de la Suprema, vistiéndose á toda prisa para salir de su casa, acompañado de D. Lino, el cual aún no volvía de su estupor ni acertaba á disipar con un juicio ó un dictamen cualquiera el angustioso aturdimiento del abuelo.

- ¡Oh, la Inquisición!-exclamaba éste por el camino.-Es preciso que ese Sr. D. Leonardo ó don demonio sea puesto en libertad hoy mismo... Si no... esa canalla es capaz de hacer una atrocidad... ¡Ah, Susanilla, tú en poder de esa gentuza, tú perdida para siempre! ¡Qué golpe, señor, á mis años!... Esto no tiene nombre.

- ¡Qué cosas, qué cosas! - decía a media voz D. Lino, que tan angustiado como corrido no acertaba á formular una protesta ni un comentario.

Al llegar á la casa encontraron á todos en el más alto

grado de ansiedad y consternación.

- ¡Ya sabes lo que pasa?-preguntó doña Juana.-Susana no ha vuelto, ni el marqués, ni Pluma. No parecen, se les busca por todas partes, han ido allá mil veces, no saben dar razón. ¿Dios mio, qué castigo es éste?

- Toma, mujer; lee, lee y comprenderás todo - dijo el

doctor, dando a su hermana la carta fatal.

-¡Qué horror! ¡Y ese Muriel!... Si me lo figuré - exclamó erizada de espanto doña Juana. - Es preciso descuartizar a ese hombre. ¿Dónde está la justicia? Al momento, buscarles, perseguirles sin descanso.

- Voy al Consejo, voy á visitar á todos los inquisidores. voy à dar ordenes à los de Toledo, ordenes terminantes. Todo el Consejo me apoyará... Es preciso que hoy mismo quede en libertad ese reo. No nos expongamos al furor de esos miserables; pueden matarla. ¡Qué horrible idea!... Si, voy, voy al Consejo... ¡Maldito Tribunal!... ¡Por qué le odiaran tanto!... Voy, voy...

Asi decia el pobre doctor, yendo de aquí para alli, dirigiéndose à todas las puertas y no saliendo por ninguna, tropezando en todas las sillas, quitándose el sombrero cada minuto para abanicarse con él, volviéndoselo á poner y asustando á todos más de lo que estaban con sus descompuestos ademanes y su iracunda voz.

- Buscar la guarida de esos miserables, perseguirlos sin descanso es lo que conviene — repitió doña Juana anegada en llanto.

- No, no irritemos à esa gente feroz. Nos vemos en el caso de aceptar sus condiciones. Es preciso comprar á Susana al precio que nos piden en este papel. Voy, voy...

- Qué cosas, qué cosas!... - decia nuevamente y por décima vez el pobre Paniagua, que aún no volvia de su azoramiento.

- ¡Y el marqués y Pluma presos! ¡Pero qué embrollo! No parece sino que había en esto un plan vasto, hábilmente combinado - dijo doña Antonia la diplomática, que había acudido á la casa á aumentar el barullo.

- Pero ves qué iniquidad? Ese es el hombre de quien se contaban tantas atrocidades—añadió doña Juana. - ¿Y

Susana? No quiero pensarlo, me horripilo toda.

El doctor al fin regularizó su ira, digámoslo así, y cansado de exclamar «voy, voy», sin ir nunca, trató de poner en práctica el pensamiento que creía más lógico en aquel grave trance. Acompañado de D. Lino, que no quiso abandonarlo en tan tremendo día, salió dirigiendose á toda, prisa à casa del inquisidor general.

11

La tardanza de Susana no produjo en ningún habitante de aquella casa tan violento ataque de nervios como el que sintió el Sr. D. Miguel Enriquez de Cardenas, hombre excesivamente impresionable en los momentos de apuro. Pero si la tardanza alteró su fisonomía y le dejó sin fuerzas, la lectura del fatal escrito, transmitido por la inocente complacencia de D. Lino, acabó de rendir su frágil naturaleza, y dió con su cuerpo en el lecho, exhalando lastimeros quejidos.

- ¡Oh, yo no puedo soportar este golpe, yo me muero! ¡Cuán desgraciado soy! ¡Dios mío, sacanos de este trance! - exclamaba al extenderse en su cama, rechazando todo consuelo y riñendo con todo el que intentara probarle que aquella no era la mayor de las desgracias posibles. Negóse á tomar todo alimento, y hasta reprendió á su mujer por creerla menos abismada que él en las profundidades del dolor. Quería quedarse solo, ansiando la soledad que aman tanto los que padecen, y renegaba de la luz, del sol, del aire, de la vida y de la sociedad.

Por fin, los que le rodeaban, que eran todos los de la casa, le hicieron el gusto de dejarle solo, en plena y absoluta posesión de sus melancolias, asegurandole que le darian conocimiento de cuanto ocurriese. Antes de que su esposa saliera, el inconsolable enfermo dijo con voz desfa-

- ¡Ah! si viene el maestro Nicolás le dirás que hoy no me afeito. Sin embargo, que entre: él puede hacernos

algún servicio en este asunto. Le hablaré.

El maestro Nicolás era un hombre que diariamente venia à peinar y à afeitar al Sr. D. Miguel de Cárdenas, pero con la particularidad de que éste pasaba horas enteras en conferencia con su peluquero, siendo de notar que las encerronas habían sido más largas que de ordinario en la última semana. No hacía mucho que el maestro Nicolás desempeñaba tales funciones en aquella casa; pero à pesar de esto, la confianza del señor era grande y los criados se habrían llenado de asombro si llegaran à sorprender la franqueza con que el maestro en artes capilares trataba à su parroquiano una vez que se quedaban solos en el despacho.

Pasaron las primeras horas de la mañana sin otros acon tecimientos notables que el sinnúmero de visitas llegadas à cada instante y á medida que la fatal noticia del secuestro iba cundiendo por todas las casas amigas. Llegó el señor fiscal de la Rota, al regresar de su paseo por la Montaña; llegó el señor presidente de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, todavía sin afeitar y con la peluca torcida à un lado, indicando asi la prisa con que quiso correr à informarse bien del suceso; llegó el señor presidente del Tribunal de la Cámara de Penas; llegaron las de Sanahuja, las de Porreño, y la casa se inundó de amigos llorones que no podian estarse mucho tiempo sin venir à decir su opinión sobre

aquel suceso. Cerca del medio día llegó el llamado maestro Nicolás y fué introducido al instante en el despacho de D. Miguel. No tardará el lector mucho tiempo en reconocer a este que parece nuevo personaje y no lo es; no tardará en reconocerle, porque hace poco le ha visto con el pintoresco traje que ahora trae en substitución de su primera bordada chupa y del escarolado follaje de sus pecheras blancas como la nieve. El Sr. D. Buenaventura tenia mucha habilidad para transformarse, y desde que intentó hacer el papel de barbero en aquella casa, su artificio fué intachable. En la morada de los Enriquez de Cardenas, el despacho, que estaba en la planta baja, tenía entrada aparte por la calle del Biombo, mientras la puerta principal se abría por la del Factor. La servidumbre notaba la presencia de aquel hombre en el cuarto de su amo, y unas veces le juzgó prestamista, otras agente de negocios, hasta que, por último,

su aparición periódica y las funciones barberiles que francamente y á vista de todos desempeñaba, le confirmaron en la creencia de que era peluquero, y nada más que peluquero.

Cuando D. Miguel se incorporó en su lecho y vió junto à si al Sr. de Rotondo, aguardó à que se extinguiera el ruido del pasillo, y dijo en voz muy queda:

-¡Cuánto ha tardado usted! Estoy con una ansiedad...

- ¡Por qué? todo salió bien—contestó el fingido barbero, sentándose junto á la cama.

- ¡Y está segura?

- Por ahora si; conviene tomar toda clase de precauciones. Se nos persigue con un ahinco...

— ¿Sabe usted que fué excelente la idea de fingirse usted mi peluquero? — dijo Cárdenas tomando un polvo de rapé y sonriendo, curado ya del paroxismo que le produjo la

desaparición de Susanita.

- Efectivamente; así no infundiré sospechas. Pues sepa usted que el mismo sistema he tenido que adoptar al fin en una gran parte de las casas adonde concurro para estos asuntos. Y tengo que hacer el papel por completo: ya he afeitado y peinado al señor brigadier Deza y al oidor don Anselmo Santonja. Los tiempos andan malos y es preciso huir el bulto. Sólo en la embajada británica puedo entrar en cualquier traje y eximirme de rapar las barbas á tanto inglesote.
- Conque hablemos, que no hay tiempo que perder. ¿Cómo está Susana?
- No está mal; aquella casa no es palacio ni mucho menos; pero por unos dias...
- Bien decla usted que ese D. Martín nos había de resolver la cuestión por su propia iniciativa. ¿Y él que piensa hacer?
- Está decidido á no entregarla mientras el D. Leonardo, que también es buena pieza, no sea puesto en libertad.
- 1Y si le dan libertad, como pretende el doctor, cediendo á la intimación de Muriel?
- ¡Oh! no se la darán; ya he previsto yo ese caso. Todo nos sale á pedir de boca. Cuando nos devanábamos los sesos para encontrar un medio de hacer desaparecer á Susanita, sin que fuera preciso emplear la muerte, ese hombre nos vino como llovido. La repentina pasión que la niña sintió por él, pasión descubierta por usted desde la primera entrevista que tuvieron en esta casa, nos dió esperanzas de ver resuelta la cuestión. Usted no tenía confianza en que

aquello diera los resultados que apetecíamos, y yo le decía: «Paciencia, D. Miguel, paciencia; usted verá cómo ese tronera va à hacer un experimento revolucionario en Susanita. Ella le ama, él no puede aspirar à su mano; el dia menos pensado carga con ella y se la lleva por esas tierras». Ya ve usted cómo al fin ha buscado la satisfacción de sus agravios por este camino.

— Pero él no la ama, él la abandonará tal vez, y Susana aparecerá en nuestra casa cuando menos la esperemos.

— ¡Verá usted como no! El es perseguido; él va à tomar parte muy activa en nuestro negocio. Como D. Leonardo no ha de ser puesto en libertad, y de eso respondo, Muriel, que es tenaz é inexorable, no soltará su presa y se la llevará consigo. Puede ser que la abandone; pero de cualquier modo que sea, yo le prometo à usted que Susanita no volverá à parecer.

 - ¿Lo cree usted firmemente? — preguntó Cárdenas con ansiedad.

—Firmemente, En último caso yo tengo tomadas mis precauciones, y si hubiera peligro, se adoptaria una resolución decisiva y radical que le sacase á usted del apuro.

—¡Matarlal—exclamó con espanto D. Miguel.—¡Oh, no! esa idea me trastorna. Quiero que desaparezca, pero no que muera.

— Si, yo comprendo esa sensibilidad; apero si llegara el momento en que fuera preciso?

- No me diga usted eso... no... por Dios... ¡un asesinato!

—Bien; yo estoy comprometido à sacarle à usted de este apuro en caso de que hubiera peligro. Si el secuestro se descubre, lo que deba hacerse se harà. Por lo demás, yo creo que D. Martin ha de portarse tan bien en este negocio que no nos pondrá en el caso de hacer una atrocidad.

— Dios lo haga — dijo D. Miguel con el ademán del que implora del poder divino una merced señalada.

— Si; no creo que llegue el caso. Pero si llega... No piense usted eso, y yo me entiendo. Puede usted considerar logrado su deseo. Susanita ha desaparecido. Bien pronto se dirá que su secuestrador le ha quitado la vida, aunque no sea cierto, y usted será conde de Cerezuelo, dueño de la inmensa fortuna de esta casa.

Los ojos de D. Miguel brillaron con cierta animación que no era en él habitual.

— Ya ve usted que no nos ha costado gran trabajo. Otro lo ha hecho. La desigualdad entre los dos, el carácter de

él, sus ideas sobre la nobleza y la sociedad, su audacia, su propósito de conseguir la libertad del amigo, han sido causa de esta gran resolución. Bien dije al conocer á D. Martín que era un hallazgo inapreciable.

Pero aún no veo yo resuelta la cuestión. Ese hombre puede conocer hoy mismo que ha servido sin quererlo nuestros intereses y ponerla en libertad.

—Descuide usted, eso corre de mi cuenta. Yo respondo de que Susanita no volverá á aparecer.

- Me lo promete usted?

Con toda seguridad. Ahora falta que usted cumpla su parte en el pacto que hemos hecho. Usted me juró que si llegaba á ser heredero forzoso de su hermano el conde, me daría cien mil duros para la causa fernandista. Sólo á este precio, y atento siempre á allegar fondos con que atender á los gastos de la causa nacional, me he comprometido yo á combinar las cosas de modo que lleguemos á la solución apetecida.

— Bien, yo cumpliré mi palabra — contestó Cárdenas;—
pero aún no veo la cosa muy segura. Esperaremos á ver
en qué para esto. Cuando no haya duda alguna, yo sabré
cumplir mis compromisos. Soy tan receloso que á cada
instante me parece que veo entrar á mi sobrina por la
puerta de la casa. Otra cosa: ¿no me ha asegurado usted
que D. Leonardo no sería puesto en libertad? ¿Y de qué medio se vale usted para conseguirlo?

 Ya lo tengo conseguido. El padre Corchón, que es el que maneja los títeres en la Inquisición de Toledo, me lo ha asegurado.

- ¿A ver, á ver? Explique usted eso.

Es muy sencillo. Don Pedro Regalado Corchón ha entrado recientemente en nuestro partido con gran entusiasmo, inducido por otros cofrades suyos y aun muchos capitulares de aquella santa iglesia, tenazmente empeñados en la caída del favorito. Escoiquiz ha hecho la adquisición de casi todo el clero toledano, y entre los nuevos adeptos no hay ninguno más rabiosamente decidido en favor del Principe que el señor padre Corchón.

- Y ese Sr. Corchón, jes un hombre de mérito?

— Es un clerigote ignorantón y apasionado, autor de catorce tomos sobre Devoción al Señor San José y otras obras ridiculas que no han visto la luz, para bien de las letras. Pero no conozco quien despliegue más celo por una causa mundana que ese bendito. No contento con simpatizar con la causa fernandista, se ha metido de cabeza en la conspiración activa, y es uno de los que más han trabajado

recientemente. La idea de que los intereses eclesiásticos están desatendidos por el Gobierno del favorito, y la noticia de que se van á desamortizar algunos bienes del clero, ocupan constantemente su arrebatada imaginación. Es un hombre rudo, grosero, intolerante, pero todas estas cualidades son á propósito para el caso. El clero es uno de los principales elementos con que contamos, y el tal Corchón nos está haciendo servicios que le hacen acreedor á una mitra el día que triunfe el Principe.

— Ese nombre no me es desconocido. Ese clérigo era inquisidor en Madrid hasta hace muy poco tiempo; me parece que es uno de quien era gran amiga é hija espiritual doña Bernarda Quinones.

— El mismo en persona. Hace poco le trasladaron à Toledo y alli le conquistó D. Juan Escoiquiz, decidiéndole à trabajar por la causa. Anoche ha llegado aquí para conferenciar conmigo y ponernos de acuerdo sobre ciertas particularidades de mucha urgencia.

¿Y él decide de la suerte de ese Sr. D. Leonardo?
 Precisamente. Ya hemos hablado de eso y me ha prometido con toda formalidad que el preso no verá la luz del

sol en todo el fiempo que yo quiera. — Pues si lo toma con empeño el doctor, que es conse-

jero de la Suprema...

— Riase usted de la Suprema. ¿Si sabremos lo que son esas cosas? La Suprema escribirà; lo tomará muy á pechos, si se quiere, el mismo inquisidor general; pero los de Toledo emborronarán mucho papel, y mientras van y vienen, y se dice y se contesta, D. Leonardo se pudrirá en su calabozo. Ya sabe usted lo que es la Inquisición y cómo procede.

Descuide usted, el padre Corchón no promete las cosas en vano tratándose de apretar los tornillos de la máquina inquisitorial. Yo le dije: «Reverendo señor: por una serie de circunstancias que explicaré à V. S. en tiempo oportuno, nuestra causa exige que ese D. Leonardo continúe siendo un francmasón temible y un endiablado hereje, para que no haya poderes en la tierra que le puedan poner en libertad, al menos por ahora». Y él me prometió con júbilo que así seria.

— Es usted invencible, Sr. D. Buenaventura — dijo con verdadero entusiasmo el Sr. de Cárdenas. — Lo que usted no logra ya puede tenerse por imposible.

— Y eso que no puse en conocimiento del Sr. Corchón que la prisión de Leonardo, con la intriga á que va unida, nos producía cien mil duros para nuestra santa causa; que eso me lo guardo y es sólo acá para entre los dos. $- \iota Y$ no pedirá ese venerable algún piquillo por su complacencia?

Espero que si, y será preciso dárselo. Para estos gastos y otros igualmente necesarios no espero otra cosa sino que usted me abra la caja, Sr. D. Miguel de mi alma.

— ¡Oh, no, todavía no! — contestó Cárdenas con diligencia; — yo no tengo aún seguridad completa. ¡Si, como he dicho antes, me parece que va á entrar Susana por aquella puerta!...

— He asegurado á usted que Susana no volverá; puede considerar la cuestión concluída y juzgarse heredero de su hermano, el cual bien sabemos que no puede durar mucho tiempo.

— Ah! yo estoy muy receloso — dijo el futuro conde con cierta expresión de misticismo; — me parece que Dios nos ha de castigar.

— A nosotros, ¿por qué? — añadió con cínica sonrisa el Sr. D. Buenaventura. — ¿Acaso la hemos secuestrado nosotros?

 - ¡Ah! no; pero esa seguridad que usted muestra de que ha de desaparecer, me indica que tiene algún proyecto terrible.

— No se preocupe usted de eso. Fuera dudas. Lo que yo deseo es que usted cumpla sus compromisos como yo cumplo los míos. Precisamente en estos días me hacen mucha falta los cien mil duros. Hay mucho dinero, pero se gasta mucho. No tiene usted idea de lo que se ha repartido.

 Bien, yo daré esa cantidad cuando tenga seguridad completa de que heredo à mi hermano.

—¿Podré tener los cien mil duros esta noche? preguntó Rotondo, levantándose en ademán de partir.

- Venga usted, hablaremos.

 Bien; espero que lo compondremos de modo que no le quedará á usted recelo alguno.

Los dos personajes se estuvieron mirando un momento sin decirse palabra, levendo respectivamente en sus miradas las intenciones y los deseos de que estaban poseidos. Se comprendieron perfectamente y no pronunciaron palabra alguna. Cuando Rotondo salia, Cardenas se tendió de nuevo en su lecho, y ocultando el rostro entre las almohadas, dijo con voz oida tan sólo por el mismo: «¡Pobre Susanilla!»

CAPÍTULO XVIII

El espíritu revolucionario del padre Corchón.

1

Aquella noche no fue Rotondo a casa de Cardenas, a pesar de que lo había prometido, por lo cual este creyó que alguna grave dificultad ocurría en la conspiración. El doctor entró veinte veces y volvió a salir otras tantas, diciendo siempre que llegaba: «Ya se arreglara todo, no hay que apurarse; hoy mismo la tendremos aqui». Doña Juana no se calmaba por esto, y doña Antonia aseguraba que estando en tan inexpertas manos las riendas del Estado no debia extrañarse que ocurrieran a cada paso tales atropellos. Ya se había dado aviso de lo ocurrido al conde, y este había resuelto venir inmediatamente a Madrid, enfermo y postrado como estaba.

Entretanto Rotondo y Muriel, ya entrada la noche, estaban sentados sobre una gruesa piedra sillar en el patio de la calle de San Opropio, dándose cuenta de lo acaecido hasta aquel día y poniéndose de acuerdo para lo que debía hacerse en el siguiente. El joven miraba al corredor por la parte en que estaba el encierro de la prisionera, y tenía con tal tenacidad los ojos fijos en aquel punto, que su amigo no pudo menos de sacarle de su abstracción, diciéndole:

— No tema usted que se escape, Sr. D. Martin: aunque salga al corredor, no encontrará á otra persóna que el desventurado La Zarza, y éste no podrá darle libertad. La verdad es que los manjares que le ha dado hoy la tia Socorro no habrán sido tan buenos como los de su casa; pero unos días se pasan de cualquier manera. ¡Cuántos viven semanas enteras sin comer otra cosa que mendrugos de pan, y por eso no dejan de vivir como unos caballeros!

— No temo que se escape. Estaba pensando — contestó Martin — en lo que dirá de mí esa señora. ¿Cómo me juzgará? Debe sentir un odio terrible.

— No se preocupe usted de eso. ¿Y el pobrecito D. Leonardo?

- Es cierto, todo está compensado. ¡Qué gran crisis debe

estar pasando el carácter soberbio y dominante de Susana! «Creerá usted una cosa!

- ¿Qué?

— ¿Creerá usted que no me atrevo á acercarme al cuarto donde está? Le tengo miedo.

— ¡Miedo? Comprendo la lástima; pero el miedo... Ya se ablandará. Esta gente no es temible sino cuando se la trata bien. De seguro que ella no se ha condolido del infeliz que se aniquila en los sótanos de la Inquisición. Vea usted cómo por medio de un mal se consigue un bien extraordinario. ¡Si à todas las víctimas de aquel Tribunal aborrecido se las pudiera librar encerrando por unos cuantos días à cualquier dama de la Corte!... Ha de saber usted que el doctor Albarado ha tomado el asunto tan à pecho que es probable que mañana mismo veamos libre à D. Leonardo. En tal caso no tardaríamos en saberlo.

 Dios lo quiera—contestó Martin sin dejar de mirar al corredor; — veremos qué acontecimientos nos trae el dia de mañana.

— Mañana — dijo Rotondo — saldrá usted para Aranjuez; no se puede perder ni un día más; mañana á la noche sin falta.

— Y puesto que tengo que ceñir mi voluntad á otras voluntades, ¿qué es lo que debo hacer?

— ¿Usted me lo pregunta? ¿Un hombre como usted pregunta lo que tiene que hacer? Para esta obra tiene usted bastantes ideas y no necesita pedirlas à nadie. Lleve usted à la práctica lo que piensa y lo que desea, y basta. Encuentra el terreno preparado; el pueblo tiene ya su deseo y la dosis de rencor que le corresponde para el caso: no falta más sino que se le diga algo que todavia no sabe. El primer movimiento es lo delicado; nosotros no hemos encontrado otro con mejores condiciones que usted para dar la primera voz.

- ¿Y hasta donde iremos?

— Hasta donde usted quiera. Ha de haber una conmoción que resuene en el Alcázar de Aranjuez, donde estará la Corte desde mañana. El grito será ¡Abajo el Guardia! y pedir al Rey su destitución. Pero en esto cabe mucho, y si la pasión popular se excede, puede llegar hasta mucho más.

Hasta dónde? — preguntó con viva curiosidad Martín.
 Hasta pedir la abdicación de Carlos IV y proclamará
 Fernando VII rey de España.

- ¡Nada más?

— ¡Pues no sé! Ya sé vo lo que usted quiere — dijo Rotondo sin admirarse de que à Muriel le pareciera aquello bien poco. - Pero no reniremos por una legua más ó menos de distancia en el camino de la revolución. Puede ir usted hasta donde quiera: lo que importa es que se vava á alguna parte. Usted comprenderá ya que este pueblo se mueve con dificultad; pero una vez tomado el primer impulso, marcha mejor que otro alguno por la pendiente de la insubordinación. ¡Cuánto escasean aqui los verdaderos revolucionarios! No tenemos más que unos cuantos caballeros, muy estudiosos, muy parlanchines, pero que no saben cómo se bate el cobre en las altas ocasiones. Usted ha sido elegido para este asunto, porque no se contenta con pensar la revolución, si no que 'a siente, la respira en la atmósfera, la ve en la luz y la lleva perpetuamente consigo en las cualidades fundamentales de su carácter.

- ¿Conque salgo mañana para Aranjuez y Toledo? preguntó Martin, sin hacer gran caso del pomposo elogio

que acababa de oir.

- Si, mañana á la noche; hallará los caballos preparados en una venta que hay fuera de la puerta de Santa Bárbara, y alli estarán también los que deban acompañarle. En Aranjuez se amotinarà el pueblo; pero à pesar de eso, usted no se detiene alli más que un dia para ponerse de acuerdo con ciertas personas cuyos nombres y señas llevará, y luego parte à Toledo, donde está todo prevenido para algo más que un motin. Allí hay depósitos de armas y gente reclutada en toda Castilla y Andalucia para imponer miedo à la Corte de Aranjuez. Yo quisiera que usted lograse infundir su espiritu en las personas que alli tenemos para dirigir el movimiento, gente inexperta y sin ninguna clase de genio revolucionario. En cuanto usted llegue los conocerá á todos, porque yo le daré la clave de las relaciones. Habrá primero un hambre fingida, y después una asonada que será la señal del alzamiento nacional. A usted le obedecerán en esa asonada. Será usted omnipotente una noche, y sólo cuando el movimiento se regularice tendrá que sujetarse à voluntades superiores. Por una noche tendrá inmensas fuerzas á su disposición y el rencor popular hábilmente atizado.

- ¡Por una noche! ¡Seré omnipotente una noche! murmuró Muriel meditabundo, pensando sin duda sobre el punto de apoyo que pedia Arquimedes para mover el

universo. - Si - continuó D. Buenaventura, - una noche de poderio absoluto sobre miles de hombres armados.

- Bien, pues deme usted cuantos papeles necesite llevar, que estoy dispuesto á salir.

Llevará usted todo lo necesario.

- Y Susana?

- Mañana pensaremos lo que se hace de ella en caso de que el doctor no responda de un modo satisfactorio á la intimación que se le hizo. No se cuide usted de eso. Puede llevársela ó dejarla, según quiera. Si queda aqui ya la guardaremos bien.

Martin miró otra vez con mucha fijeza al corredor, y

dijo sin apartar de alli la vista:

- Mañana lo decidiremos. - Conviene que vea usted al padre Corchón. El le dará también instrucciones, y en el asunto de D. Leonardo tal vez puedan ustedes avenirse.

- Es verdad, si; ¿cuándo le podré ver?

- Mañana temprano. Yo mismo le llevaré à la presencia de ese grande hombre.

II

En efecto; à la mañana siguiente muy temprano los dos entraban en la casa del reverendo, que acababa de levantarse y se ocupaba en dar la última mano al primer capitulo del tomo XV sobre la Devoción al Señor San José. Rotondo dejó alli á Martín y partió á afeitar no sabemos qué encumbrado conspirador.

- Ya me había hablado de usted con muchos elogios el Sr. D. Buenaventura-dijo D. Pedro Regalado, levantando la pluma y quedándose con la mano suspensa en la actitud con que suelen pintar à los padres de la Iglesia.

- ¡Ya le habrán dicho à usted que debe salir esta misma

noche para Aranjuez y Toledo?

- Si, señor, y pienso salir.

- Dicen que tiene usted buen ánimo y mucho... pues... Veremos si se logra el objeto apetecido. Yo tengo miedo, francamente.

- Al fin será; lógicamente tiene que suceder lo que ahora se desea, porque el estado del país así lo muestra. La turbación de los tiempos es tal que no puede menos de estar cercana una gran catástrofe. Yo la creo inminente, inevitable.

- Cierto, cierto; esto no puede seguir asi mucho tiempo. El timón está en muy malas manos y la nave se va á estrellar contra las rocas - dijo Corchón con pedanteria, creyendo que esta figura tenía alguna novedad.

— Basta abrir los ojos para comprender que aquí es necesaria una transformación radical. Si España sigue mucho tiempo más sorda á la voz del siglo, no podemos decir que vivimos en Europa. Usted conocerá perfectamente los vicios de esta época, los antiguos cánceres que devoran á nuestra sociedad y la precisión en que estamos los hombres de la actual generación de poner remedio á tantos males.

Corchón miró à Muriel con cierto estupor, como no comprendiendo bien lo que había oído; pero no hallándose dispuesto á pasar por ignorante, dijo:

— Efectivamente; la gente de hoy no es como la gente antigua. Ahora los filósofos y sus pestilentes ideas han venido á revolver estos piadosisimos pueblos, y Dios sabe adonde nos llevarian si no atajásemos el mal antes de que tome desarrollo.

 La gente de hoy es peor que aquélla, porque ha perdido todas las calidades de los antiguos, sin adquirir otras nuevas.

—Es lo que le digo á usted—continuó Corchón animándose, —la peste de la filosofía... Pero ya la arreglaremos nosotros. Como triunfe nuestra causa y veamos en un patibulo al inicuo Guardia... Porque, justed qué cree? Este vil Gobierno es el que ha puesto las cosas como están. Cuando reine el Principe verá usted cómo se levanta la religión otra vez y tenemos á los filósofos guardaditos en las carceles del Santo Oficio para que expliquen sus teorías á las ratas y á las telarañas.

- ¿Pero la causa del príncipe Fernando lleva por norte acabar con los abusos y extinguir poco á poco la tiranía y la corrupción que nos consumen?

— Nuestra causa es la destrucción de Godoy y de los suyos, y el esplendor de la santa religión y de sus venerables ministros, menoscabados con estas ideas y estos modos de gobernar que ahora corren.

— ¿Y ahora se creen menoscabados los ministros de la religión? — dijo Martín con expresión de burla. — Si la sociedad es suya, si ellos disponen de nuestras haciendas y de nuestra libertad á su antojo. Yo creo que usted se equivoca, Sr. D. Pedro Regalado. La causa del Príncipe no puede tener por fin aumentar los abusos y corromper más lo que ya está harto corrompido.

"Usted es el que se equivoca — observó el inquisidor poniendose encendido como un tomate y tomando el tono solemne que le era habitual siempre que decía algún disparate. — Usted es el que no sabe lo que pretende el partido fernandista. ¡Oh! nosotros triunfaremos; pero yo aseguro que la herejía, la filosofía y el masonismo van à quedar enterrados para siempre. ¡Qué tiempos! ¡Pues se puede creer que aquí en nuestra querida España haya llegado el Santo Ofício al miserable estado en que hoy se encuentra, convertido en máquina inútil, sin fuerza ya para dirigir el mundo y guiar á los pueblos por el camino del bien? Si le digo à usted que esto es insoportable. Pero ya vendrá, ya vendrá...

— Pues si el partido fernandista es lo que usted dice — contestó Muriel, — será más aborrecido, más bárbaro y más digno del desprecio universal que el de Godoy. Yo creo, Sr. D. Pedro Regalado, que usted no está en lo cierto. Esto se acabará para que venga una cosa mejor. Si viniera lo que usted dice era preciso creer que no había Providencia, y que vivimos al acaso en este mundo, sujetos el capricho de una fatalidad absurda.

Al oir esto el padre Corchón, vaciló un momento entre la ira y la cobardia. Estuvo aturdido algún tiempo porque Martín se expresaba con decisión y elocuencia; pero luego se repuso, gracias á su petulancia, que era tanta como su astucia, y dirigiendo al revolucionario una de aquellas miradas terrorificas que él guardaba para las grandes escenas del procedimiento inquisitorial, le dijo;

— Usted no sabe con quien está hablando. Usted no sabe sin duda quien soy, ó si lo sabe no puedo creer que tenga sano el juicio. Por ser un joven sin experiencia se le pueden perdonar sus irreverentes palabras; apero qué ha dicho usted? ¿Usted sabe lo que ha dicho?

— Que si el partido fernandista representara la Inquisición montada á la antigua, la amortización y el Gobierno absoluto, sería el partido de la barbarie, merecedor de que todos sus hombres fueran tenidos por locos ó por imbéciles.

- ¡Locos ó imbéciles! - repitió Corchón levantándose colérico de su asiento. - ¿Y sufro tales irreverencias? Joven, ¿sabe usted con quién está hablando, sabe usted quién soy yo?

— Ya lo supongo — contestó Martin en tono de desprecio. — Pero usted, Sr. Corchón, no sabe lo que se dice. La causa del Príncipe representa, y no puede menos de representar, la adopción de los principios de gobierno fundados en la libertad, la extinción de los privilegios y el fin del mundano poderio de un clero fanático y por lo general poco ilustrado, eterno obstáculo de nuestra prosperidad y esplendor.

—¡Qué buena pieza me ha traido aquí D. Buenaventura! — dijo Corchón furioso. — ‡Y esta es la gente que nos ha reclutado? ¡Un filosofastro! ¡Por San José bendito, y qué lindos mozalbetes hay en este Madrid! ‡Pero usted no me conoce? ¡Usted no sabe quién soy?

— No le conocía á usted más que de nombre, por lo que de usted me habló el padre Matamala, y en verdad, yo crei que fuera el Sr. Corchón hombre de más provecho. Pero también es verdad que para inquisidor está que ni pintado.

El Santo Oficio no merece más.

— ¡Pero usted ha venido aquí para burlarse de mí! ¡Ah! si no fuera porque se ha determinado que vaya usted á Toledo con cierta comisión, ¿cómo se había usted de escapar, cómo?

— Si, ya comprendo con cuánto placer me echaria usted mano; pero por hoy padre, no puede ser — dijo Martin con

ruel froma. — ¡Oh! nosotros triunfaremos, y después... — indicó don

Pedro con ira.

— Ustedes no pueden triunfar sin mi ayuda.

- ¿Cómo? ¿La causa de Dios no puede salir victoriosa sin

la ayuda del demonio?

— No; asi está determinado — repuso Martin con serenidad. — ¡Desgraciado país si no estuviera llamado á salir de tales manos! Si la conspiración del partido fernandista no tiene más objeto que el que usted acaba de decir, ¿están seguros de que al llevarse á cabo no ha de ir más allá de la

linea que le han trazado?

— Señor mio — dijo el padre Corchón echando à su interlocutor una de aquellas miradas que tiene la ignorancia presuntuosa para su uso particular. — Usted se toma en mi presencia unas libertades... La culpa tengo yo, que le admito à platicar conmigo. ¿Usted sabe quién soy? ¿Pero usted lo sabe bien? No puedo consentir que se mezele usted en mis asuntos, y cada vez me admiro más de que una persona como el Sr. D. Ventura haya puesto en autos à hombres de tal estofa. Y usted estará muy consentido en que le vamos á dejar meter su cucharada en este negocio.

— Lo mismo me importa — dijo Martín levantándose, — no tengo entusiasmo por la idea fernandista. La revolución que yo he soñado no cabe en estos espíritus pequeños, únicamente animados de femenino rencor hacia un hombre. Hoy, al conocerle á usted, pierdo otra de mis ilusiones, y á cada paso que doy, el vacio que hay en derredor de mi pensamiento es más grande y más espantoso. Sólo la desesperación, el abandono en que me hallaba y los

vejámenes que recibía pudieron impelerme á prestar el concurso de mi acción á este ridiculo movimiento político que habéis imaginado. Ya no puedo volver atrás, ni lo quiero tampeco, que una vez perdida la fe, y conociendo la escasez de elementos que aquí existen para cosa más alta, vo me entrego al destino; y siguiendo á los que de cualquier modo y con un fin cualquiera conmuevan esta sociedad, iré à presenciar sus convulsiones, sin esperanza de que de esta lucha salga nada útil ni bueno. Yo no aspiro à nada: va ni siguiera aliento el firme deseo de salvar à mi pobre amigo de los tormentos del Santo Oficio. Un dia llegará en que todo me sea indiferente, sociedad, hombres: porque cuando se aspira á fines elevados y se tiene el sentimiento de la patria y de la civilización, cuando se da el primer paso y se tropieza con tales hombres, con el egoismo, con la ignorancia, con la envidia, el alma se oprime v se desea no haber nacido.

- Pero usted no me conoce; usted no sabe quien soy?-

repitió el padre Corchón confundido y absorto.

— Si, he venido á conocerle y me voy satisfecho — re-

puso Martín. - No necesito saber más. Adiós.

Y diciendo esto, Muriel volvió la espalda y se retiró lleno de cólera, dejando al padre con medio palmo de boca abierta. Este, creyendo juzgar al otro de la manera más benévola, dijo para sí que no podia menos de estar rematadamente loco.

III

Calmóse luego el reverendo de su agitación, y tomando de nuevo la pluma iba á recomenzar su interrumpido trabajo. Ya recogia sus ideas para seguir el capítulo LVIII, que se titulaba: De por qué el Señor San José es abogado de los celos, cuando una criada entró y puso en sus manos una carta doblada en triángulo, que abrió con afán y leyó al momento. La epistola decia así:

«Toledo, 7 de mayo.

Mi muy querido y reverenciado Sr. D. Pedro Regalado: Ban ya 3 dias que usted salió de aqui y lla nos parece que se á hido per sécula culorun. ¡Que solEdad tan Grande! Sin sus consegos espirituales me parece queme falta la Mi taz del Halma, pues usted Me con suela de todas mis penas. No dego de pensar si le sucedera halgo malo, y Si nos olvidara en esa, por Que el demonio no se duerme. Por fin he degado ir á Engracia á Arangued, con las de Sanaguja. que la mandaron à Vuscar. Ya esta mas Consolada de sus Melancolias, y Dios y su Santa madre permitan que olbide à Aquel pelafustran, que tanto nos izo rrabiar. No hay mas Nobedaz por esta su casa, sino que lespera cona Fan su desconsolada higa espiritual, que le reberencia, Bernarda Quiñones. P. D. En su carta deme Noticias de D. Narciso Pluma».

Corchón leyó, dejó á un lado la carta y continuó su grande obra.

- ¿Qué tal, ha hablado usted con el padre Corchón? preguntó à Martin D. Buenaventura al verle entrar en la casa la tarde de aquel mismo dia.

- Si, y vengo edificado con la santa bondad del reveren-

do inquisidor - contestó el radical con sarcasmo.

- Se me había olvidado decirle á usted que era un pedante insufrible, un verdadero almacén de tonterias y de

vanidad.

- ¡Y estos son los hombres exclamó Martin con tristeza, - estos son los hombres cuyos intereses servimos al exponer nuestras vidas y nuestra libertad. ¡No, la causa del Principe no es la causa del pueblo, no es la causa nacional. En apariencia así serà; pero, realmente, si el triunfo es nuestro, el pueblo seguirá oprimido y humillado por los señorios y las gabelas; seguirá bajo la influencia de clases eclesiásticas empeñadas en perpetuar sus preocupaciones y en que no abra jamás los ojos á la luz; seguirá sin leyes que garanticen su trabajo y su libertad, y la nación saldrá de unas manos para pasar à otras, como el esclavo que un amo vende à otro.
- Ah! no es enteramente lo que usted se figura contestó Rotondo. - Cierto es que nosotros admitimos bajo nuestra bandera á todos los descontentos de Godoy, cualquiera que sea el motivo. Las revoluciones no se hacen de

otra manera. - Mis conversaciones con el fraile de Ocana y con el inquisidor de Toledo me han enseñado claramente que ninguna idea elevada mueve à esos hombres, clérigos ambiciosos que aún no se consideran con bastante poder.

- No les haga usted caso, y vayamos derechos á nues-

tro fin.

 Si, pero cuando considero que esa gente espera la caida del Guardia para agrandar su influio, aumentar sus riquezas, y lo que es peor, complicar y extender más la horrenda máquina de la Inquisición, no sé por qué encuentro al Principe de la Paz digno de amor y disculpables todos sus vicios.

 No haga usted caso de las pretensiones de esos hombres. Cierto es que Matamala pretende una mitra, que Corchón daría el mundo entero por la plaza de inquisidor general; pero à nosotros, ¿qué nos importa eso? Vamos à nuestro objeto. ¿Quién sabe lo que vendrá después? Ya le dije à usted que de este movimiento bien puede resultar una completa reforma. Usted cumpla su deber. Recuerde lo que dije : «Usted va à ser omnipotente por una noche; va á tener á su disposición un pueblo armado y furioso. Veremos el partido que saca de esos elementos. Animo, y salga lo que saliera. Vaya usted hasta donde quiera ir».

- Bien : yo haré lo que me convenga y aquello que sea

expresión de mis sentimientos y de mis ideas.

- Al grito de abajo Godoy una usted la idea que más le agrade. Las revoluciones, à lo que vo entiendo, se hacen por inspiración y no por cálculo. Dios sabe lo que saldrá de

- Pero yo me encuentro solo - dijo Martin con angustia. - No encuentro quien sienta lo que vo siento: nadie responde à la idea que yo tengo formada de la revolución. No hallo más que bajas ambiciones, egoismo, envidias: gente vulgar que ha concebido un cambio de Gobierno, v nada más. Si, como usted dice, soy omnipotente una noche, en esa noche me creo capaz de infundir mi pensamiento en la acción ciega é infecunda que se prepara. Si el pueblo supiera comprender ciertas cosas; si pudiera conocer lo que es y lo que vale, entonces...

 El pueblo lo comprenderà; ¿por qué no? — afirmó don Ventura. - La prueba está cercana. Esta noche sin falta parte usted para Toledo. Aqui tiene usted cuatro cartas, una para Aranjuez y tres para Toledo. En cuanto llegue usted à esta última ciudad, una persona le informará de todas las particularidades de la cosa; verá usted la fuerza de que se dispone, el espiritu que la anima; en fin, conocerá usted mejor que ahora lo que tiene que hacer.

- ¿Esta noche?

- Si, à las diez en punto. En la Venta le esperan à usted buenos caballos y los hombes que le han de acompañar.

- iY Susana?

- Corre de mi cuenta.

- Quiero ponerla en libertad y devolverla à su familia. Desde que conozco à Corchón comprendo que no hemos de libertar à Leonardo por este medio.

- ¡Oh! se equivoca usted. Si el Consejo Supremo lo toma con empeño... ¿Cuándo piensa usted ponerla en libertad?dijo Rotondo, fingiendo que aquel asunto no le importaba gran cosa.

- Ahora mismo.

- ¡Qué disparate, qué locura! Pues si tengo entendido que ya el inquisidor general habrá expedido allá órdenes terminantes... Esperemos hasta la noche.

- Bien, esperemos - dijo Martin, mirando al corredor. En seguida dió algunos pasos hacia la escalera con intención de subir; pero se detuvo meditando, y retrocedió

- ¿Le tiene usted miedo todavia? - preguntó D. Buena-

ventura sonriendo.

- La veré después - murmuró, volviendo á mirar. Pero sólo el pobre La Zarza atravesó la crujía, excla-

mando: «¡Desdichada princesa de Lamballe! Ya se acerca tu última hora».

CAPITULO XIX

La sentencia de Susana.

Don Miguel de Cardenas, vencido por su acerbo dolor, continuaba rechazando todo consuelo. Nadie entraba en su cuarto à arrancarle de sus tristezas; y tal era su hipocondria, que ni aun habia querido ver á su hermano el conde de Cerezuelo, llegado al mediodía en litera postrado y moribundo. Al saber la noticia del secuestro, el pobre solitario de Alcalá, que se hallaba en fatal estado de salud, se empeoró de tal suerte que el Sr. Segarra tuvo serios temores y llamó á todo el protomedicato de la ciudad com-

A pesar del dictamen contrario de los médicos, el conde se empeñó en ir á Madrid, y no hubo remedio; fué preciso encajonarlo, exánime y calenturiento, en una litera y trasladarle à la Corte. La idea de que su hija había sido robada por Martin Muriel, y la idea aún más espantosa de que su hija había concebido una violenta pasión por aquel hombre abominable, turbaron su ánimo de tal modo que parecia estar próximo el instante en que aquel espíritu acabara de aburrirse en este mundo.

Su hermano no quiso verle, sin duda porque no se renovara el dolor de uno y otro. Subieron al conde y le prodigaron los auxilios que D. Miguel rechazaba, pero el pobre

vieio llamaba á Susana sin cesar.

Caia la noche, y D. Miguel esperaba con mortal ansiedad á su barbero. Este llegó al fin por la puerta excusada, diciendo á la servidumbre que venía por unas pelucas, las cuales era menester limpiar.

- Ah! al fin viene usted - dijo D. Miguel en voz baja;

- va estaba vo con cuidado...

- Esté usted tranquilo, todo va bien. Le prometí á usted

que no parecería, y no parecerá.

- ¡Oh! baje usted la voz; me parece que nos han de oir las paredes. ¿Sabe usted que ha llegado mi hermano de Alcalá? ¡No siente usted su voz allá arriba?

En efecto, de vez en cuando se sentian los lastimeros quejidos del conde y las angustiosas voces con que llamaba

á su hiia:

- Infeliz! - dijo D. Buenaventura. - ¡Cómo la llama!

Pero es lo cierto que no parecerá.

- ¡Qué ha hecho usted? ¡Oh! me estremezco al pensarlo... ¡Un espantoso crimen!

- Tranquilidad, amigo, calma. Hace un rato que Muriel ha querido ponerla en libertad.

- En libertad! Entonces todo perdido!

- Pero va he conseguido disuadirle, v cuando él vuelva á casa... va será tarde.

- Oh! Se atreverá usted á...? murmuró Cárdenas con voz tan floja v débil, que parecía modulada por las sábanas.
 - Cuando es preciso hacer una cosa, se hace. - Es tremendo; pero... Y él, ano lo impedirá?
- El parte esta noche. No creo que vuelva á casa, porque va le he dado las cartas que ha de llevar; pero si llega... no encontrará más que un cadáver.

- ¡Silencio, oh, silencio! - exclamó Cárdenas lívido y

tembloroso, - pueden oir...

 Cuando se descubra, já quién puede imputarse el becho sino á él?